



FERNANDO GONZÁLEZ

El filósofo aficionado

JOSEPH
AVSKI

En la antigua Grecia, por siglos, el término *sofista* denotaba al maestro o sabio que enseñaba, que compartía su sabiduría con el pueblo. Etimológicamente, el término proviene de las raíces *sophía* (σοφία), que significa 'sabiduría', y *sophós* (σοφός), que significa 'sabio'. Platón y Aristóteles cambiaron el significado del término *sofista* en el siglo v antes de Cristo, para llamar peyorativamente a todos los que concibieran la filosofía como algo distinto a lo que ellos pensaban. De allí proviene la acepción moderna que llama *sofista* a un embaucador que defiende posiciones falsas.



Desde entonces no hay filosofías, plurales, sino filosofía, singular. Todo el que pretenda pensar por fuera de los límites del sistema ideado por Platón tiene que renunciar al título de filósofo, tiene que aceptar que es un simple entusiasta, un diletante, un fanático sin más credibilidad que un borracho de pueblo.

La escuela cínica fue una de las víctimas de este sesgo arbitrario. Michael Onfray cuenta que

El cinismo antiguo ha debido padecer su clasificación por parte de la historiografía dominante, o sea hegeliana, en el casillero de miscelánea o asuntos varios. Siempre listo a decir tonterías, Hegel afirmó de forma categórica en sus lecciones de historia de la filosofía que, respecto a esta corriente filosófica, sólo se pueden contar anécdotas. En consecuencia, Diógenes no es un filósofo. Como un solo hombre enrolado en un pelotón prusiano, o sea, regularidad automática, el universitario lo sigue repitiendo palabra por palabra después de un siglo (2008: 161).

A Fernando González le interesa hacer filosofía contando historias, usando su vida, su experiencia, su cuerpo —lo que dentro de los estrechos límites de la filosofía occidental no es permitido—. En una carta a su hijo Simón, dice “Bueno, basta de filosofías, que caigo en ridículo!” (*Cartas a Simón 1950-1959*).

Fernando González encuentra una manera de responder, de desarticular el mecanismo. Si la filosofía es un conjunto de reglas duras, inflexibles, que resisten el tiempo sin biodegradarse, y si el filósofo es alguien que se pasa la vida construyendo un único castillo intelectual, donde no hay espacio para la anécdota, la confidencia biográfica o autobiográfica, para el cuerpo y sus afares, para el humor, donde solo los ladrillos de pura abstracción son confiables, entonces Fernando González declara que él no es filósofo, sino un filósofo aficionado, pero inmediatamente queda libre de ese juego.

En 1929, Fernando González publica el que quizá sea su libro más leído: *Viaje a pie de dos filósofos aficionados*, cuyo título terminó reducido a *Viaje a pie*. Desde el título advierte que no es un filósofo profesional, un verdadero filósofo, y por tanto no tiene necesidad de respetar los límites de la filosofía occidental, ni de seguir sus cánones y sus métodos.

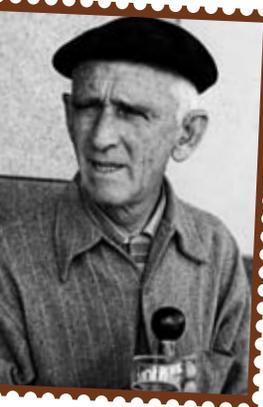
En su libreta de notas de 1928 escribió: “Nos llamamos filósofos aficionados para no comprometernos demasiado y porque ese nombre es mucho para cualquiera. Todos nuestros colegas, desde antes de Thales, han sido modestos”. Más tarde la entrada aparecerá retocada en *Viaje a pie*:

Nos llamamos filósofos aficionados para no comprometernos demasiado y porque ese nombre es mucho para cualquiera. Sólo un estoniano, el conde Keyserling, pudo tener la desfachatez de escribir dos enormes volúmenes con el título de *Diario de viaje de un filósofo*.

El filósofo aficionado tiene, una vez conjurada la amenaza de ser declarado un marginado, la libertad de decir muchas de las cosas que los filósofos profesionales no pueden. El filósofo profesional habla sobre el mundo perfecto que fundó su predecesor Platón, mientras que el filósofo aficionado habla sobre el mundo que lo rodea, sobre la realidad caótica y delirante irreductible al mundo de las ideas.

La trampa está en que el filósofo platónico no representa un peligro para los poderes dominantes, porque sus meditaciones no interrogan al presente, sino al lugar sin tiempo de las ideas, mientras los filósofos aficionados hablan de manera incómoda sobre la realidad y su relación con los poderes gobernantes.

En una reciente traducción al inglés de todos los fragmentos de Diógenes se encuentra un par de anécdotas que ilustran cómo este veía la relación de Platón y Aristóteles con los poderosos. La primera dice: “Cuando Platón me dijo que si hubiera aceptado la invitación a la corte



siciliana no tendría que lavar lechugas para ganarme la vida, le respondí que si hubiera lavado lechugas para ganarse la vida no tendría que haber ido a la corte siciliana”² (Heraclitus, Diógenes, 1979: 43). Y la otra: “Aristóteles cena en la comodidad del rey Filipo, Diógenes en la suya propia”³ (43).

Cierto tipo de filosofía, especialmente la emparentada con Platón, es ciega a las prácticas cotidianas de poder, por eso el tema no ha perdido vigencia. En un artículo publicado por la revista *Arcadia* en marzo de 2011, titulado “¿Dónde están los filósofos?”, se polemiza. Sergio de Zubiría, profesor de filosofía de la Universidad de los Andes, dice que “hay una cierta actitud fóbica, pues al filósofo le parece que si participa en los medios, su pensamiento puede volverse liviano, de poca densidad”. Este es uno de los pies de foto que buscan desarticular cualquier intento por hacer filosofía de otra manera. Fernando González acepta su liviandad en una de las entradas de su libreta de notas de 1929: “El estilo y el pensamiento deben ser efímeros como la telaraña que es el fenómeno Universo. ¡Cuán pesados esos sistemas alemanes! Parecen edificaciones de cemento”.

Continúa la revista *Arcadia*:

Y es que, sin lugar a dudas, el lugar en donde se juega hoy la filosofía colombiana es la academia: en los grupos de estudio, en los departamentos de filosofía, en los congresos y en las publicaciones especializadas. Es la consecuencia inevitable de la profesionalización. Para el profesor Sierra, “el ejercicio de la filosofía se ha profesionalizado demasiado en Colombia”. Lo que, a su vez, “ha generado un miedo de pensar los problemas comunes, los problemas públicos”. (Restrepo, 2011)⁴

Tiene sentido desde el punto de vista práctico. Es mejor que el filósofo opine en congresos, en salones de clase abiertos para unos pocos, en revistas especializadas que nadie lee. Un filósofo opinando sin límite ni control sobre el desmadre que lo rodea

puede ser subversivo e indeseado. Ya Platón lo había previsto y por eso expulsó a los poetas, en el libro décimo de *La República*.

Fernando González prefirió aprender a lavar lechugas y no pertenecer a la república de Platón. “Somos, querida lectora, metafísicos, y algo poetas”, dice en *Viaje a pie*. Su escritura lo puso siempre en riesgo. Su tesis para recibir el grado de abogado de la Universidad de Antioquia, titulada *El derecho a desobedecer*, fue intervenida y terminó titulándose *Una tesis*. Su libro *Viaje a pie* fue prohibido bajo la pena de pecado mortal por monseñor Cayzedo. Fue llamado fascista por *Mi Simón Bolívar*. Perdió su puesto como cónsul en Roma por sus declaraciones en contra de Mussolini en *El hermafrodita dormido*. Confesó en *El remordimiento* que olía a escondidas la ropa interior de la institutriz de su hijo y que la llevó a un hotel del centro de Marsella, y cabe señalar que su esposa era la hija del expresidente Carlos E. Restrepo.

El filósofo profesional no escribe desde el paupérrimo punto de vista que le otorga su vida. Él se eleva al mundo de las ideas y escribe desde el punto de vista del narrador omnisciente, el punto de vista de dios. Quien no es capaz de elevarse, desde luego, no es un filósofo de verdad. El filósofo aficionado, por el contrario, como Diógenes, como Fernando González, y para malestar de Hegel, introduce la anécdota y la revelación autobiográfica como punto de partida para su filosofía. Así entran en la filosofía consideraciones biológicas —el cuerpo no como ente metafísico sino como materialidad presente—, sociales, psicológicas, económicas, políticas; en otras palabras, la vida. “Ahora bien, este corte se basa en una ficción, porque todos los filósofos, sin excepción, piensan a partir de su propia vida” (Onfray, 2008: 65).

Fernando González entiende la filosofía como una herramienta para enfrentar la vida, para vivir mejor, de manera que las anécdotas y las confesiones autobiográficas, como en el caso de Diógenes de Sínope, tienen un significado. Dice Michael Onfray

que “todas las anécdotas cínicas sirven para construir, de forma gozosa, una alternativa al mundo platónico” (2008: 164). Esto lo podemos decir de las anécdotas de Fernando González también. Ofrecen un polo a tierra, una conexión entre la vida y la filosofía, y un escenario de aplicación.

El ejercicio filosófico no tiene sentido si no es aplicable, si no es una herramienta para algo más. Dice Onfray que “la teoría propone una práctica, tiende hacia una práctica. Fuera de eso, no tiene razón de ser. En la lógica nominalista, las palabras sirven de modo utilitario y no son sino instrumentos prácticos. No hay religión del verbo” (78). La práctica determina las fronteras de la teoría, su valor de verdad y su conveniencia. No bastan la elegancia de los argumentos, la lógica impecable, la pureza del pensamiento. La práctica, por ejemplo, determina la caducidad de una filosofía, cosa que el puro pensamiento no logra. En sus libretas de 1929, Fernando González rechaza las filosofías inmóviles: “¿Sabéis a qué se parecen los filósofos sistemáticos? A un rumiante de cuernos temporales o a una serpiente que se resistieran a abandonar sus cuernos y su piel. Los sistemas filosóficos son excreciones del compuesto psicofísico. Hay que abandonarlos”.

La célebre frase de Descartes, “cogito ergo sum”, revela que para el filósofo francés la realidad biológica, social o afectiva de la persona no es suficiente para garantizar su existencia. Solo el pensamiento otorga

esa certeza. Fernando González, en cambio, puede encontrar pruebas de su existencia en asuntos tan mundanos como la ansiedad que le produce dejar de fumar: “Hace hora y media que ni fumo ni pienso. Son las diez y cuarto. No pienso, luego soy”. Y más tarde, en el epílogo del mismo libro: “No pienso, luego existo. Pensar es muy fácil; todo el mundo vive pensando. La verdadera existencia principia cuando podemos no pensar” (*El hermafrodita dormido*).

La separación, la negación de la vida por la tradición filosófica occidental, ha sido tal que el cuerpo desapareció por completo. Los filósofos se transformaron en entes abstractos cuya única función es pensar. Fernando González se queja en su libreta de 1929: “Hace días, años, que mi cerebro me esclaviza”. Pensar se transforma en la única función valiosa del ser humano, mientras todas las demás funciones son productos inferiores del cuerpo físico.

Nunca hemos visto a un hombre que sea solo cerebro. Lo más que hemos visto es al rey de la luna en *The Adventures of Baron Munchausen* de Terry Gilliam, interpretado por Robin Williams, quien pasaba temporadas largas en las cuales su cuerpo vivía despegado de su cabeza. Mientras su cuerpo cumplía su destino de cuerpo acosado por la lujuria, la cabeza se dedicaba a las más exquisitas disciplinas del pensamiento. En la tradición filosófica occidental, pensar es tan importante y tan difícil que el cuerpo se convierte en un estorbo. El sueño del filósofo profesional es liberarse de su cuerpo para elevar su pensamiento libre hasta la estratósfera. Fernando González se mofa de esta pretensión en su libreta de 1929: “Ese personaje de Rodin que llaman *El pensador*, piensa con los bíceps [...] ¡Qué hermoso será el hombre cuando piense con naturalidad, cuando no tenga que adoptar la pose de la escultura de Rodin!”.

La obsesión por liberar al pensamiento de su sustento orgánico llega a tal demencia que recordar lo obvio, que el filósofo tiene un cuerpo como todas las demás personas, resulta necesario: “Os advertimos, queridas



En 1929, Fernando González publica el que quizá sea su libro más leído: *Viaje a pie de dos filósofos aficionados*, cuyo título terminó reducido a *Viaje a pie*. Desde el título advierte que no es un filósofo profesional, un verdadero filósofo, y por tanto no tiene necesidad de respetar los límites de la filosofía occidental, ni de seguir sus cánones y sus métodos.

lectoras, que un gran porcentaje de nuestro vivir es todo metabolismo. El pensamiento tiene apenas la energía que sobra después del consumo orgánico” (Libretas, 1929).

La filosofía comienza precisamente desde el soporte orgánico, desde el organismo que precede al pensar. La filosofía es humana en el sentido en que es inseparable de la vida del filósofo. “Las filosofías son banales también porque son manifestaciones del hombre según los períodos de su vida [...] La filosofía es, pues, una manifestación del hombre; en tal sentido puede afirmarse que todas son verdaderas”, aclara Fernando González en su libreta de 1929. Y no estoy proponiendo un determinismo barato del tipo: es que el concepto de libertad de fulanito es este y no este otro porque su padre le pegaba. Se trata de combatir la idea de que existe un sistema filosófico fundado en verdades distintas a la realidad del filósofo (política, religiosa, social, económica, afectiva, etc.).

Esta es la tradición de la sátira menipea, una tradición de géneros mezclados, en un principio con origen en los diálogos socráticos, pero después fragmentada en muchos estilos y géneros. Ha sido usualmente intelectual, pero profundamente ligada al cuerpo. Ha ofrecido siempre un escenario donde las discusiones sobre los temas más profundos de la filosofía humana comparten argumentos con lo grotesco, lo cómico y lo carnavalesco de la vida cotidiana.⁵

Charles Sanders Peirce, en su ensayo “Some Consequences of Four Incapacities”, denuncia la mentira del método cartesiano al decir que su punto de partida es la duda. Todo filósofo ingresa al estudio de la filosofía, o de un problema filosófico, con una carga de prejuicios que no pueden ser ignorados (Stuhr, 2000: 55). Solo tenemos

nuestra realidad para dar el primer paso y emprender la empresa filosófica. Por lo demás, estamos perdidos, desorientados:

Tampoco sabemos para dónde vamos al vivir. No era, pues, grande nuestra tristeza por estar perdidos, pues perdidos estamos desde que allá, en compañía de nuestros queridos amigos los jesuitas, no pudimos encontrar el primer principio filosófico. Cuando le decíamos al reverendo padre Quirós que cómo se comprobaba la verdad del primer principio que nos daba, nos decía: “Ese es el primero; ese no se comprueba”. Desde entonces estamos perdidos. (*Viaje a pie*)

El filósofo aficionado camina, va por la vida encontrando motivos para su ciencia. Nada proviene del vacío ni hay justificaciones trascendentes por lo que sucede. La filosofía es una herramienta para encontrar una ruta, un mapa, una brújula. No ofrece certezas absolutas ni primeros principios. La herramienta de otros es inútil en la propia vida si no es modificada, adaptada, personalizada: “La filosofía no se aprende por el modo platónico de la meditación sobre los grandes conceptos en el nebuloso campo de los espíritus puros, sino sobre el terreno material de las confluencias corporales, históricas, existenciales y psicoanalíticas, entre otras” (Onfray, 2008: 68).

El ejercicio de la filosofía exige la individualidad, la renuncia a seguir los pasos que otros caminaron. Partir desde nuestra situación particular, como lo dice Peirce en su ensayo, significa recorrer un camino distinto: “Después de escribir en el álbum de doña Pilar, salimos al camino y abandonamos el camino. El camino es casi toda la vida del hombre; cuando está en él sabe de

dónde viene y para dónde va. Caminos son los códigos, y las costumbres, y las modas” (*Viaje a pie*).

La rebelión que Fernando González siente contra el camino es pues un requisito inalienable para el ejercicio de la filosofía. En las ciencias colectivas se sigue un camino común, se traza un derrotero hacia el cual todos se dirigen. Ese derrotero común no existe cuando nos referimos a la vida; cada vida exige una meta individual, un propósito particular. El cielo astronómico debe ser el mismo para todos los astrónomos. Es necesario que un astrónomo en Monte Wilson en California suministre los mismos datos que un astrónomo en Observatorio Gemini en Cerro Pachón en Chile. De otra manera no se puede construir una ciencia. Sin embargo, es insulso esperar que ambos astrónomos sientan lo mismo cuando ven al cielo, que tengan la misma experiencia, que el cielo los oriente de la misma manera respecto a sus vidas.

En sus meditaciones metafísicas, Ortega y Gasset nos dice:

El físico hace su física apoyándola en convicciones de los que no son físicos. Hace pues su ciencia con otros. Pero el metafísico, al tener que renunciar a toda opinión que él no se fabrique, al no poder recibir de los demás nada como bueno y firme, tiene que hacerlo todo él solo, o lo que es igual, tiene que quedarse solo. La metafísica es soledad. Los demás podrán ponernos en camino de ella, pero cuando, de verdad, hacemos metafísica, esto es, cuando nos fabricamos nuestras convicciones radicales tenemos que hacerlo cada cual por sí y para sí, en radical soledad. (2007: 125-126)

Sin embargo, esta soledad también es relativa. Si bien no hay dos vidas iguales, tampoco las hay que sean tan diferentes. La vida como punto de partida es nuestra diferencia pero también es lo que abre la puerta para el diálogo. La filosofía no es ejercicio de autistas, sino de solitarios capaces de comunicarse. ■

Joseph Avski (Colombia)

Se graduó como físico en la Universidad de Antioquia con una tesis sobre ruido cuántico. Sus cuentos han aparecido en varias antologías nacionales e internacionales. Con *El corazón del escorpión* ganó la IX versión del Concurso Nacional de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín (publicada en inglés como *Heart of Scorpio* por Tiny Toe Press, 2012).

El libro de los infiernos fue finalista en la Biental de Novela José Eustasio Rivera (2010), y posteriormente publicada por Editorial Paroxismo. *A un Paso de Juárez*, reeditada recientemente en una edición bilingüe, narra sus experiencias en la frontera México-estadounidense. Avski cursó una maestría en creación literaria en la Universidad de Texas en El Paso y un doctorado en Estudios Hispánicos en la Universidad de Texas A&M. En la actualidad es profesor de Literatura y cultura latinoamericana en la Universidad Estatal de Missouri.

Referencias

- Bakhtin, Mihail Mihailovic, Caryl Emerson, and Michael Holquist (1994). *The Dialogic Imagination: Four Essays*. Austin: University of Texas Press.
- (1984). *Rabelais and his World*. Bloomington: Indiana University Press, 1984.
- Bakhtin, M. M., and Caryl Emerson (1984). *Problems of Dostoevsky's poetics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Gilliam, Terry (dir., 1998). *The Adventures of Baron Munchausen*. Culver City, Calif: Columbia TriStar Home Video.
- González, Fernando (1997). *Cartas a Simón*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- (1971). *El hermafrodita dormido*. Medellín: Bedout.
- (1994). *El remordimiento*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- (1969). *Mi Simón Bolívar*. Medellín: Bedout.
- (2010). *Viaje a Pie*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT - Corporación Otraparte.
- Heraclitus, Diogenes, and Guy Davenport (1979). *Herakleitos & Diogenes*. Bolinas, Calif.: Grey Fox Press.
- Onfray, Michel y Luz Freire (2008). *La fuerza de existir: manifiesto hedonista*. Barcelona: Anagrama.
- Ortega y Gasset, J. (2007). *Unas lecciones de metafísica*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial.
- Platón (1988). *La República*. Madrid: Alianza.
- Restrepo, Rodrigo (2011). “¿Dónde están los filósofos?” Revista *Arcadia* [en línea] 24 marzo de 2011. <http://www.revistaarcadia.com/impresia/filosofia/articulo/donde-estan-filosofos/24577>
- Stuhr, John J. (2000). *Pragmatism and Classical American Philosophy: Essential Readings and Interpretive Essays*. New York: Oxford University Press.

Notas

¹ Las ediciones de obras de Fernando González citadas en este trabajo corresponden a las publicadas por Otraparte en su archivo en línea, por lo tanto no incluyen número de página.

² When Plato said that if I'd gone to the Sicilian court as I was invited, I wouldn't have to wash lettuce for a living, I replied that if he washed lettuce for a living he wouldn't have to go to the Sicilian court.

³ Aristotle dine at King Philip's convenience, Diogenes at his own.

⁴ Esta cita fue tomada de la edición en línea de la revista *Arcadia*, por tanto no tiene número de página.

⁵ Además de los conocidos tomos de Mijaíl Bajtín sobre el tema (*Problemas de la poética de Dostoevski* y *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*), vale la pena consultar *The Hydra's Tale: Imagining Disgust* de Robert Wilson, publicado en 2002.